



Fray Mocho

Al caer la tarde *

La llanura -blanca, debido a los plateados plumeros de la flechilla que, encontrándose en el período de su reinado soberano, se extiende como un manto hasta la línea circular, que parece ser la intersección del desierto con el cielo- comenzaba a tomar ese tinto rojizo de las tardes de aquella tierra inolvidable, cuando el sol, ocultándose detrás de las cuchillas, incendia los contornos de la nube que flota en alas de la brisa y mezcla, en uno -166- inimitable, los mil colores que matizan la pampa silenciosa, brillante y melancólica.

Poco a poco la sombra se va extendiendo sobre el llano. Disimula allá, el matorral tupido entre cuyos hilos enmarañados dejó la víbora su pellejo, al sonarle la hora de la muda para recibir a la primavera engalanada; acá los surcos abiertos en las laderas por las aguas que chorrean rumorosas, buscando las cañadas en los días de lluvia; y más allá los troncos blanquicos del ñandubay sacrificado por el hacha, en el tiempo no lejano en que aquel campo se moteaba todavía con los centinelas avanzados del monte que negrea en lontananza.

El camino, que saliendo de la selva como una inmensa serpiente, desarrolla sus anillos y se retuerce en el llano, se encuentra desierto: sólo lo recorren los tenues remolinos de polvo que forma la brisa al barrer su calva superficie, cada vez que aparece, libre de la maleza tutelar, en la cresta de las cuchillas, pronto a lanzarse al bajo culebreando sobre las laderas empinadas.

-167-

Lejos, en las cumbres que ya casi esfuman en la sombra, se ve el llano matizado por el color variado del ganado, que a los gritos de los peones que salieron al repunte, se ha concentrado, abandonando los confines del campo.

Con paso lento y reposado, interrumpido para echar un bocado aquí y allá entre la yerba fragante y tentadora -mientras la cola castiga el costillar y barre el lomo-, espantando la sabandija avanza poco a poco buscando el rodeo solitario, los bordes del arroyo donde ya comienzan las vizcachas sus jolgorios o el camino desierto, como sabiendo que allí donde el pasto escasea, disminuye el número de los perturbadores del sueño que flotan en el aire pirateando.

Se oye el balido tembloroso de las ovejas que, lentamente, se acercan a los chiqueros atraídas por la fuerza de la costumbre. Vienen en grupos, siguiéndose unas a otras, revolviendo el pastizal con sus patas menudas y diligentes.

-168-

Allí, se arremolinan ante el nido de un tero que, con las alas abiertas, mostrando las púas rosadas y cacareos de valentón, defiende los pintados huevos verdosos, de la malignidad de una oveja curiosa y atrevida que golpea el suelo con sus patas peladas y nerviosas como queriendo meterle miedo; aquí, se paran sobre las pequeñas eminencias imperceptibles y tienden el hocico al aire como queriendo saborearlo y, más allá, acompañan cariñosas a los corderos rezagados que esmaltan con la nieve de su vellón naciente, el color negruzco y sucio de la majada.

Más atrás y casi flanqueando la masa confusa de las ovejas desfilan de a uno, gravemente, varios avestruces que, a paso medido y tranquilo, se encaminan al cardal vecino de los chiqueros, donde pasarán la noche libres de acechanzas y peligros. Cada vez que estiran el largo cuello flexible -en cuya superficie sigue la vista el camino que recorre la cosecha de langostas que hace el pico-, lanzan un silbido ronco y prolongado que parece un zumbido y que acompaña, -169- monótono, el trémulo balar de la majada y el cencerreo de las madrinas que vienen al galope, seguidas de las tropillas y de los peones que las arrear.

Mientras tanto, en el cielo vagan las negras golondrinas juguetonas que el gato acecha acurrucado detrás de un poste del guardapatio; parece que quisiera cerrar el paso a las silenciosas bandadas de palomas que, con el buche repleto, pasan hacia el monte; cortar el ágil y sibilante vuelo de los patos que, formando un ángulo, vuelven de su excursión por lagunas y bañados; desviar de su rumbo el pesado y perezoso de alguna cigüeña que regresa a la hondonada misteriosa donde duerme desde años, o, como puntos negros, mezclarse a las gaviotas que, semejantes a hojas de papel que el viento arrebatara, se arremolinan, allá, en el horizonte, matizando una nube oscura que festonean de rojo los últimos reflejos del sol que ya se esconde.

Las gallinas, que han pasado el día a monte, comienzan también a replegarse hacia -170- la casa, en grupos, capitaneadas por los gallos pendencieros y quisquillosos.

Picoteando acá y allá, corriendo detrás de un insecto que vuela, deshaciendo, curiosas, con sus patas fuertes y rígidas, los montones de basura con que tropiezan, van llegando a la ramada a ocupar el lugar que les corresponde: trepan con movimientos de equilibristas por los palos que les sirven de escalera; atropellan a los pavos ya colocados en los puntos más altos y que manifiestan su desagrado con el hipo expresivo de su cólera, vuelan desde el suelo a las estacas de las carretas, que con las varas al aire, descansa cerca del palenque, o vienen con paso cauteloso a beber el agua cristalina que gotea de los barriles sobre los rojos ladrillos del corredor, confundiendo con las que, seguida de la pollada piente y chacotona, se encaminan erizando la pluma, encolerizadas al menor amago de peligro, hacia el rincón donde acostumbran acurrucarse.

-171-

Sentado a la puerta del rancho que me hospeda, contemplo la escena embelesado, sintiendo también insinuarse en mi espíritu despreocupado la sombra melancólica que, cubriendo el monte y llanura, pone trabas de pereza a los labios y va borrando poco a poco los objetos.

Los peones, de regreso de sus faenas -habiendo rodeado las majadas y asegurado las lecheras para salvar las ubres repletas de la voracidad de los terneros que, atados cortos, ensayan balando, el medio más eficaz de mamar, burlando la previsión de sus guardianes-, comienzan a largar los caballos sudorosos: salen despacio, extenuados, tambaleando y, previa una revolcada en el suelo pelado y polvoroso que rodea el palenque, se encaminan relinchando a la tropilla, seguidos por alguna vaca dañina que, a pretexto de lamerles el sudor que los molesta les mascarará las cerdas de la cola.

Las sombras siguen extendiéndose y espesándose, cayendo sobre el campo preñadas de silencio.

-172-

Los grillos, dejando sus escondites, lanzan sus notas discordantes como un chirrido: parece que desafiaran a los sapos y a las ranas, que desde el cañaveral vecino, hacen oír el concierto de sus voces destempladas, coreando el agitado y rápido silbido de las víboras asomadas a las puertas de sus cuevas, o el lento y acompasado de una perdiz que, retardada, vuelve a su nido.

¡Todo se va durmiendo poco a poco: la noche cae oscura, brillante y silenciosa, y sólo se oye el paso monótono del caballo atado a sogas, que gira alrededor de la estaca, y, por entre los párpados entrecerrados, se ven las linternas que vagan de flor en flor alumbrando con sus luces intermitentes los misterios de la sombra!

*Pertenece al libro Tierra de Matreros

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

